Sta Stella Sánchez

Tomo 6

REPERTORIO AMERICANO

Núm. 16

San José, Costa Rica 1923 Lunes 23 de julio

SEMANARIO DE CULTURA HISPANICA

El industrialismo y los presupuestos urbanos en América

Un filántropo de los Estados Unidos ha ofrecido un premio de cien mil dólares a quien presente al Congreso de Washington el mejor proyecto para establecer la paz en el mundo. Esto, al menos, dice el cable.

Pero la paz universal no puede ser la obra de un hombre ni de un pueblo, ni es tarea de un día, porque ella tiene que venir como resultado de un nuevo estado de cultura humana, formado cuidadosamente en la escuela y el hogar por una generación ya preparada para ello. Lo más que puede hacer en este orden de ideas el talento de los hombres, o los empeños de los gobernantes, es preparar y aun anticipar este régimen de cultura cívica sobre el cual descansará un día u otro la paz universal.

Para convencerse de estos dos axiomas basta recordar los proyectos individuales, y como tales artificiosos y violentos, que pretendieron en diferentes instantes de la historia darle solución al problema de que se trata, desde la creación de la Corte de La Haya, hasta el plan de la Liga de las Naciones, destruido por el propio Senado de los Estados Unidos.

Es que el problema de la paz universal está íntimamente ligado con el problema de la guerra, y éste, a la vez, con una serie de hechos, prejuicios y acontecimientos raciales y regionales que se impone eliminar primero, si se quiere abordar el asunto con absoluta sinceridad y probabilidades de acierto.

Todas las grandes batallas que libraron los hombres a través de los siglos pudieron ser evitadas, porque no tuvieron más razón de ser que el EGOÍSMO y la vanidad de los Gobiernos dictatoriales, y la ignorancia y los prejuicios de los pueblos por ellos dominados. La paz, en consecuencia, sólo puede ser el fruto de la libertad, es decir, de un nuevo estado de cultura humana que ilumine por parejo a gobernantes y gobernados, especialmente a los últimos.

Y admitida esta nueva conclusión llegamos necesariamente a poder afirmar que lo que se impone, es preparar el advenimiento de esta nueva civilización, eliminando de las pasadas todos aquellos factores y valores MATERIALES que hicieron del hombre, al decir de Bentham—, un lobo para el hombre—, y educar en consecuencia al ciudadano a base de ALTRUISMO, o mejor dicho, *de un espiritualismo serio y sano.*

Entendidas así las cosas, hay que convenir en que al Senado de los Estados Unidos no ha de llegar un proyecto viable de paz universal, y que el generoso pacifista haría mejor en dedicar su premio a preparar su propia democracia para estos nobles fines, combatiendo desde luego las ideas imperialistas de sus gobernantes y la ambición de dominio continental de que están poseídos.

Dentro de este orden de ideas, ningún plan concreto de paz universal podemos presentar, pero sí señalar, tal y como nosotros vemos las cosas, las principales causas que se oponen, en la conciencia de los pueblos, al advenimiento inmediato de la futura civilización americana. Por lo pronto queremos referirnos al INDUSTRIALISMO y a los Presupuestos Urbanos.

El industrialismo, por ejemplo, que sobra en los Estados Unidos y Europa, está de menos en la América española; y los enormes presupuestos urbanos que allá causan la miseria del pueblo, debemos nosotros contenerlos en el límite razonable de nuestras posibilidades, antes de que sea tarde; porque si este movimiento defensivo no se inicia ya—desde luego antes que la población urbana de Europa, que es la primera que emigra, nos invada sin haberle impuesto al llegar el catecismo de una nueva cultura social, por incipiente que sea,—será ella quien necesariamente nos imponga el suyo; y en definitiva, lo único que se habrá conseguido, es lo que se vé en los Estados Unidos: el traslado de la cultura de Europa a la América ibera, es decir, la permanencia de una misma civilización en diferente meridiano.

La América española, desde el punto de vista INDUSTRIAL, debe bastarse a sí misma, es decir, debe dejar de ser tributaria de Europa y los Estados Unidos. Sus nuevas industrias deben constituirse a base de cooperatismo: deben guardar relación con la materia prima que produzca, y estar limitadas a las exigencias de sus habitantes. Porque el principal inconveniente para la unión espiritual de la América española—acerca de la cual hay como un convenio tácito en todas partes—es a nuestro entender, que ésta no cuenta con todas *las fuerzas materiales* necesarias para respaldar este movimiento espiritual. No queremos referirnos a soldados y buques de guerra, que no hacen falta, sino a la ausencia de una poderosa organización industrial a cuyo servicio esté una gran flota mercante. El gran error suyo, fué descuidar este importante factor social y no tener ojos sino para la AGRICULTURA, sin que por esto pueda decirse que su población sea especialmente pastoril; en vez de haberse desenvuelto, como los irlandeses en el Norte, dentro de un sistema mixto de producción, desgraciadamente violentado más tarde.

La agricultura y la industria son fuerzas paralelas, porque la primera exige los altos hornos, el riel y el arado; el algodón, el telar; el trigo, el molino; el puerto, el barco, y éste el flete.

El problema en referencia, estudiado en relación con cada república hispana, se puede apreciar mejor. A México le sobra petróleo; pero lo absorbe, sin grandes beneficios—, y antes con muchos perjuicios para ella—, el industrial de Nueva York o de Londres. Argentina produce trigo en gran cantidad; mas como no tiene barcos, tiene que acudir a la industria naviera de Inglaterra o Alemania para distribuirlo. Costa Rica produce el mejor café del mundo, espléndidos bananos, cacao y maderas; pero el negocio del café se hace en Londres, el del banano en Boston, el de las maderas y el de cacao en San Francisco.

En los mismos días en que Europa se arruina por exceso de industrialismo, la América española se arruina por falta de industrias propias, apenas incipientes en uno que otro lugar. Principiemos porque no hay un barco que ponga en contacto a Costa Rica con Chile, ni a la Argentina con México. El algodón de Buenos Aires lo compramos manufacturado ya en Londres o Nueva York; el café de Costa Rica no lo conocen en Sud América. Brasil exporta hule para comprarlo después hecho llantas o neumáticos, y Costa Rica exporta el cacao y lo compra después hecho bombones.

Así pasa con todo: lo exportamos y lo compramos después a precios de reventa, porque el traslado de ida y vuelta, y los cincuenta comisionistas intermediarios, no nos dejan margen para el ahorro. Somos esclavos de los extranjeros en todo el sentido de la palabra industrialismo.

Hemos querido corregir el error de no tener industrias para la elaboración de nuestra materia prima y hemos ideado un acercamiento de la América española a la Madre Patria (Hispanoamericanismo), o a la América del Norte (Pan-americanismo). Pero el primer proyecto no prospera, pues España no puede ofrecernos el complemento de valores industriales o comerciales que nos hacen falta para realizar la unidad espiritual de nuestra América. No tiene España flota mercante, y aun teniéndola, no es suficiente para los fines que se persiguen. Su capacidad financiera tampoco puede satisfacer las exigencias oficiales ni extra oficiales que nos llevan a Londres, a Nueva York, y en resumen, que a despecho de nuestra devoción por nuestra grandiosa progenitora, ella no puede darnos, hoy por hoy, y sobre todo después de su desastrosa guerra en Marruecos, otra cosa que su grande afecto. El segundo, tampoco prospera, porque nadie cree en él y menos el americano del norte.

Tiene razón Maurice de Waleffe cuando dice que la América del Sur para defenderse de la ola bárbara necesita apoyarse en Madrid, pero que Madrid a su vez necesita apoyarse en París y Roma, que forman con la capital de España la fuerza latina.

Pero el industrialismo Hispano-americano no debemos admitirlo a base de europeísmo, porque sería copiar el error. Nuestras industrias tienen que ser fuente de vida y no de muerte. Por eso las ideamos cooperativas, como las quería Zola y las puso en práctica Ford; deben estar limitadas a la producción nacional de la materia prima, de suerte que ésta no sea importada de otras regiones que la necesitan para satisfacer sus propias exigencias; y deben guardar proporción con las necesidades de sus habitantes para que no se conviertan en fuente de agiotismo ni en empresas rivales, generadoras de conflictos guerreros.

La exportación industrial no cabe dentro de este sistema que excluye al comisionista y abarata el precio de compra, sino una vez satisfechas las necesidades de la nación, ni procede tampoco, sino hasta el límite de las necesidades de otros pueblos, no cubiertas con sus propias industrias, si las tiene.

Es estúpido que el algodón y la lana de Sud América se manden a tejer y a teñir a Estados Unidos, Inglaterra o Alemania, cuando el telar y la tinta debieran estar al lado del rebaño. Es torpe que Londres que no produce más que carbón, sea el mercado del mundo; y más torpe todavía que sigamos sosteniendo y estimulando con nuestro sudor y empeño el lujo y la molicie de las grandes capitales.

Lo dicho es la verdad. Las anteriores observaciones sobre el exceso de industrialismo en Europa y Norte América y la falta de él en la América española, nos pusieron bajo el microscopio los *Presupuestos urbanos*.

Si tomamos como punto de partida para un cálculo aproximado, y por lo mismo sujeto a rectificaciones, el presupuesto de la ciudad de Buenos Aires, que nos dicen asciende a noventa millones de pesos argentinos al año, podríamos calcular el presupuesto total de las ciudades ibero-americanas en unos mil millones de dólares anuales.

¿Cuál será el de las ciudades de Estados Unidos?

¿Cuál el de las ciudades de Europa?

No estamos capacitados para fijarlo. Lo único que nos interesa por ahora es llamar la atención de nuestros lectores a la colosal suma que ellos deben representar, al número de seres improductivos que en ellas viven, y al origen de tales presupuestos.

Una de las muchas calamidades que dejó la última gran guerra fué la despoblación de los campos y el aumento consiguiente de la población urbana, no sólo como consecuencia de la concentración militar, sino también de las necesidades industriales de la ciudad. Lo curioso del caso es que el fenómeno se observó, no sólo en los pueblos en guerra, sino también en los neutrales. Pareciera que la humanidad, teniendo la conciencia de un peligro común, quisiera esperar unida las consecuencias del gran cataclismo; y ahora el fundamental problema es devolver al campo, que la reclama a gritos, toda esta humanidad urbanizada, vagabunda y licenciosa, que prefiere el cine y el *cabaret* a la vida de la carretera, que el sol y el agua fecundizan para que produzca flores y frutos; y es que *la densidad de la población en las ciudades tiene un límite que no se puede sobrepasar*.

Esta observación es interesante, porque permite fijar la proporción conveniente entre el número de ciudades y de habitantes de éstas, y el número de agricultores. Francia, por ejemplo, abandonada a sus propios recursos no podría sostener a París, que tiene por lo menos un millón de población extranjera flotante, que vende artículos que le llegan del exterior, y manufactura cosas que no vende en Francia. Es que, como lo repetiremos más adelante, todos estos grandes mercados del mundo, y los ejércitos de especuladores que los habitan, viven del trabajo, no de un pueblo sino de toda la humanidad, y cuando los explotadores son más que los explotados, no hay negocio, y viene la ruina de la ciudad.

Si ahondamos un poco más este problema de los presupuestos urbanos, veremos cómo las grandes ciudades han sido las generadoras de las grandes guerras, y cómo el pacifismo está íntimamente ligado a la existencia o no existencia de las grandes capitales y de sus enormes presupuestos.

Acabar con estos presupuestos, o mejor dicho, reducirlos a su justo límite, equivale a descongestionar las ciudades y a devolver al campo los brazos que éstas les robaron; es acabar también con el industrialismo *como fuerza organizada para la conquista*.

Toda batalla en el pasado se libró efectivamente al pie de los muros de las grandes ciudades o tuvo por objeto conquistar éstas. Sin ir tan lejos, el objetivo de los alemanes, lo mismo en el setenta que en 1914, fué París y el de los franceses, Berlín.

Muchas veces hemos pensado que en aquella ARCADIA fabulosa de que nos habla Platón, la justa distribución de la tierra y del trabajo, la vida campestre que pone al hombre en contacto con la Naturaleza, con la ciencia y con Dios, no podía ofrecer las oportunidades actuales para la construcción

---

En lo sucesivo—señores agentes y suscritores de provincias—sírvanse remitirme *invariablemente* los fondos bajo *cubierta certificada* o en forma de *giro postal;* que sin ello suelen perderse.

El costo del certificado, o del *giro*, lo incluirán en la suma que me remitan.

El Editor del REPERTORIO

de las grandes urbes, de las grandes capitales con que sirios y caldeos, egipcios y fenicios principiaron a desmoralizar el mundo y a esclavizar al hombre. Porque la intensa vida urbana es opuesta a la rural. Es aquélla Tonel de las Danaides, adonde la savia fecundante de la tierra y el sudor del hombre, convertidos en oro acuñado y éste en palacios y catedrales, cae en torrentes sobre el vicio errante, sobre los tiranos y los cuarteles, banqueros y potentados. Ni las grandes capitales, ni las ciudades millonarias de almas, cabrán dentro de la futura civilización americana, si es que ella ha de realizar obra trascendental y perdurable; dentro de la América Nueva, que ha de realizar el gran empeño de los sociólogos y estadistas europeos y no europeos: la DESURBANIZACIÓN de las ciudades, es decir la vuelta del ciudadano al campo. Una humanidad así constituida, no podrá admitir más que aldeas, a lo sumo pequeñas ciudades, dentro de los centros fabriles o industriales, y en los puertos, en cuanto sean necesarias para su existencia propia, pero nunca una NUEVA YORK o Menfis. Porque será muy interesante que los Faraones construyeran las Pirámides, cuyos vértices milenarios siguen desafiando a los siglos; o que Napoleón tercero tuviera la idea de embellecer a París; pero más interesante habría sido invertir los millones que esas colosales empresas costaron, y los miles de vidas en ellas perdidas, en redimir aquella humanidad harapienta y sucia, ignorante y criminal, de la ignominia de su existencia.

Se nos dirá que el hombre es por naturaleza sociable, y que las grandes capitales, desde Nínive hasta París, han existido siempre.

Está bien, pero esto no quiere decir que necesariamente deban existir en el futuro, porque no se trata de copiar el pasado, sino de reaccionar contra él. La civilización futura no tendrá mucho que imitar, a este respecto, de la pasada ni de la presente.

Para que cuatro o cinco millones de almas vivan en Londres, París o Hamburgo, es necesario que toda la humanidad, desde Siberia hasta Lisboa y desde el Canadá hasta el Cabo de Hornos, trabaje como paria para sostener los enormes presupuestos urbanos, que alcanzan a centenares de millones de dólares. Y no es solamente que los hombres y los pueblos productores sostengan el lujo y la molicie de las grandes ciudades, sino que todavía, como insaciables *Molocs*, les piden el sacrificio de su vida para defenderse de los enemigos que ellas mismas provocaron.

Después de la gran guerra, el espectáculo más doloroso para todo ser bien nacido, y el que más subleva contra el artificio de todo lo vigente, es aquel que exhibía a millares de hombres, todos héroes, y como tales llenos de cruces de guerra por servicios eminentes a la Patria, recorriendo las calles de Londres o de Nueva York en busca de pan y de trabajo. Nuestra simpatía por esas víctimas de las grandes ciudades rivales, raya en admiración cuando pensamos que después de tres años de trinchera, de sacrificios y dolores, la Patria, ni el honor de la Nación, tenían para ellos ni para sus hijos, ni un pedazo de pan ni un techo, ni una pulgada de tierra en que morir.

Lo confesamos, no nos sentimos con virtudes bastantes para aconsejar a ningún hombre de América la imitación de tal conducta; pero por lo mismo, nos enfilamos con sinceridad en el grupo de los que aspiran a prevenirlos contra tales posibilidades.

Por esto, adonde quiera que vemos, como en México, la resistencia nacional a seguir el camino que le quieren imponer a los pueblos de América los que causaron la ruina de sus propios pueblos, estamos con ella, y quisiéramos ser fuerza activa y eficiente a su servicio.

Dentro de una cultura nueva, libertada de estos errores, y tal vez mucho antes de que ésta impere, no debe existir ser humano sin techo propio, ni hogar con hambre.

Porque después de todo ¿qué queda de Babilonia, de Nínive, de Tebas, Cartago o Alejandría, de las ruinas de Roma o las murallas de Pekín?

¿Estará justificado el enorme sacrificio de vidas y haciendas que tales ruinas representan?

Como centros de cultura, no se explican. La religión, la ciencia ni el arte pueden tampoco a estas horas justificar las proporciones de ellas. Cristo, que predicó en el campo, predijo la destrucción del templo de Jerusalén y el advenimiento del día de «adorar a Dios en espíritu y en verdad»; y Atenas, con sus teatros al aire libre y su sencillo pórtico del Ágora, dicen más a la civilización humana que las grandes pirámides de Egipto o el coloso de Rodas.

En Costa Rica hemos iniciado, más por cálculo que por tendencia filosófica, esta reacción contra el derroche de oro, duramente obtenido en el campo, en los grandes edificios de la ciudad. Efectivamente, una ley del Congreso, prohibe la construcción de Iglesias cuyo presupuesto de costo no haya sido aprobado por la Dirección General de Obras Públicas, después de medir las posibilidades económicas del vecindario. Así acabamos con los templos *dóricos* que costaban millones y nunca se concluían, levantados por pueblos pobres carentes de caminos y aun de escuelas.

El gran error del norteamericano, en tantos conceptos admirable, fué, a nuestro entender, que no se conformó con ser industrial hasta el límite de sus propias necesidades, sino que adivinando la falta de industrias en el Sur, y el gran mercado que éste significaba para Europa, se puso en competencia creciente con el industrialismo de allá, a cuyo impulso surgieron, como por milagro, las grandes capitales que hicieron de Estados Unidos una prolongación, y lo que es más, una rival industrial de Europa, con todos los vicios y defectos de ella.

Sud América, en cambio, libre de tales inconvenientes, si ha ido más despacio hacia el porvenir, es hoy por hoy la única tierra de promisión adonde una nueva cultura humana puede surgir; y ella, que no lo ignora, tiene un noble empeño en que cuando llegue el día de prodigarse, los errores del pasado no oscurezcan los fulgores de su civilización, de su gran civilización americana, que otros hombres recogerán más tarde con orgullo, no porque de sus tumbas salgan petrificados los faraones dictatoriales, ni sobre sus ciudades, entonces en ruinas, queden en pie los grandes obeliscos, sino porque de ella salió el hombre libertado de sus pasiones egoístas, y realizando el ideal de la fraternidad humana, hizo efectiva la Paz universal.

MANUEL SÁENZ CORDERO.

San José, C. R., julio de 1923.

Dr. ODIO DE GRANDA
MEDICO, CIRUJANO Y RADIOLOGO
de la Facultad de Medicina de París
Horas de consulta: de 8 a 11½ a. m.

Doctor EDUARDO MONTEALEGRE
Cirujano Dentista Americano
Despacho: 2ª Avenida O. y calle 4ª S.

REPERTORIO AMERICANO

SEMANARIO de cultura hispánica.
De Filosofía y Letras, Artes, Ciencias y Educación, Misceláneas y Documentos.

Publicado por
J. GARCÍA-MONGE
Apartado 533
SAN JOSÉ, COSTA RICA, C. A.

ECONOMIA DE LA REVISTA

La entrega	¢ 0.50
El tomo (24 entregas)	12.00
El tomo (para el exterior)	$ 3.50 oroam.
La página mensual de avisos (4 inserciones)	20.00 » »

En el contrato semestral de avisos se da un 5% de descuento. En el anual, un 10%.

La aldea triunfante

La Internacional Verde, la Unión de campesinos propietarios, comienza a ser acaparada por Checoeslovaquia. Uno de sus jefes, el presidente del gobierno aldeano de Bulgaria, Stambulinsky, ha declarado que dicha Internacional Verde iba a adherirse a la Sociedad de Naciones: «Hay que unir a los aldeanos de todos los países donde esta clase social está en mayoría—ha dicho el célebre político búlgaro—, para con su ayuda poner fin a las diferencias internacionales». Parece que el gobierno de Praga intenta realizar esta idea.

La Internacional Verde se apoya en la pequeña propiedad de la tierra. Es la hija de la gran conmoción universal originada por la conflagración de 1914. Cuando el bolchevismo estremecía al Occidente, los gobiernos próximos a Rusia decretaron reformas agrarias. Así en Polonia, en Estonia, en Lituania, en Rumanía, en Bulgaria, en Hungría, en Servia. Era la vacunación contra el comunismo. Y mientras tanto, en la cuna del comunismo triunfaba la paradoja de una democratización terrícola. El «mujik» ruso nada sabía ni quería saber de Carlos Marx. Se apoderaba de la tierra. Se la repartía. La defendía con uñas y dientes de las invasiones de los guardias rojos. Y sentía que se centuplicaba su odio a la ciudad. Un campesino ruso decía al yanqui Poole: «Todas las cosas positivas se hacen en las aldeas. ¿Qué clases de cosechas se levantan en las ciudades? Nada más que grandes duques, bolcheviques y borrachos. De las ciudades no necesitamos para nada. Aldeas unidas por ferrocarriles. He aquí el ideal».

Compárese el anterior lenguaje con esta declaración del *Eco de Bulgaria*, el órgano semioficial del citado Stambulinsky: «Hasta ahora la aldea había sido guiada por otros hacia el progreso. Desde ahora la aldea será su propia guía. La aldea ya representa por sí misma un factor avanzado de la civilización».

La reforma agraria, hecha precipitadamente por miedo al bolchevismo en la Europa Central y en la Europa Oriental no rusa, ha tenido como primer efecto la mejora de la vida material de la clase aldeana. Zagorski cuenta que un campesino de la «putza» de Hungría le resumió así la nueva situación: «Antes llevaba mis gansos a los mercados de las ciudades y me alimentaba de patatas. Ahora vendo las patatas en las ciudades y me como los gansos».

Todavía es pronto para calcular las consecuencias económicas de la reforma; pero es indudable que la ascensión a la propiedad de mucho millones de colonos y proletarios terrícolas tiene que ser beneficiosa para la economía total del mundo. Los horrores latifundistas del régimen boyardo en Rumanía han sido reemplazados por una intensificación enorme de cultivo. Es verdad que una gran finca labrada con todos los adelantos modernos producirá más con menos costo, que la finca misma subdividida en parcelas; pero esta última, en cambio, es base social de numerosas y útiles familias, elementos de conservación y armonía. Por otra parte, en la Europa Central y Oriental, la gran propiedad estaba pésimamente cultivada. Poco antes de la gran guerra, el yerno de Francisco José, barón Seefried, transformó en hacienda de recreo los prados de treinta propietarios de la Baja Austria que surtían, con otros, a Viena de carne, manteca y leche. Estos productos subieron inmediatamente de precio en los mercados de la capital. Al mismo tiempo, el príncipe Hohenlche compró sus heredades a centenares de pequeños propietarios húngaros y reuniéndolas hizo de todas ellas un inmenso coto de caza. El contragolpe económico se sintió en Budapest inmediatamente.

¿Qué influencia tendrá esta irrupción de campesinos propietarios organizados en la política europea? Unánimemente consideran a las ciudades focos de corrupción. Unánimemente se oponen al industrialismo. Piden el libre cambio de productos manufacturados, aunque estorban las importaciones de artículos agrícolas y ganaderos. En Hungría protegen a los judíos contra el antisemitismo de las ciudades. En Rusia reducen prácticamente, en un 95 por 100 del territorio eslavo, el bolchevismo a la impotencia. En Austria vuelven la espalda a Viena, la urbe corruptora y tentacular, abergue de 300.000 empleados sin empleo, y la dejan morir fríamente de hambre. En Bulgaria, después de haber aplastado al militarismo, exterminan a los rojos. En Alemania, la asociación aldeana agraria lucha ferozmente con la asociación anseática mercantil. En Servia, el partido aldeano inscribe en su programa: «Todos los privilegios de que gozan las ciudades a costa de las aldeas deben ser abolidos».

(Véase el estudio de Mitrang, *Reconstrucción Agraria*, publicado a la vez en el *Manchester Guardian* y en *Ingeniería y Construcción*, de Madrid.)

Gorki vaticinó recientemente que la inmensa ola agraria del Oriente de Europa crearía, al inundar la vida pública, formas nuevas de civilización originales y poderosas que asombrarán a los ideólogos del occidentalismo.

La aldea, en suma, se levanta contra la ciudad. La ciudad al ver cómo se alzaba en el horizonte la bandera roja, tuvo miedo. Y entregó con limitaciones, con formalidades jurídicas, el campo a los campesinos. Ahora el campo libre y fuerte con su propiedad nueva, lejos de agradecer a la ciudad el magnífico don, se alza contra ella.

Hace muchos años que Melin predicó la vuelta a los campos. Quería que los hombres abandonaran la aglomeración febril, el hormiguero gigantesco y envenenado, por los agros verdes donde duermen las cosechas futuras.

Mas no son los hombres de las aglomeraciones los que vuelven a los agros. Son los agros, manumitidos, ricos, los que enseñan el puño a las ciudades y las hambrean. Les venden poco. Les venden caro. Las odian. Se apartan de ellas con desprecio y con ira. Se les antojan flores monstruosas de una civilización artificial, enemiga de la vida sana, fácil y fecunda. La ciudad es la guerra, la utopía que hace delirar, la fábrica que extenúa, la taberna que asesina. En ella se grita y se miente; en ella se engaña...

Los árboles todavía no nos dejan ver el bosque. Dentro de cincuenta años, el agrarismo aldeano habrá cristalizado políticamente en Europa. Su Internacional Verde tal vez haya triunfado.

Tranquilicémonos recordando las palabras de Seignobos: «No hay régimen más pacífico que una democracia de aldeanos propietarios. Desde que el mundo existe, ninguna comunidad semejante ha deseado nunca, preparado o comenzado una guerra».

FABIAN VIDAL

(*La Voz*, Madrid).

Glosas

LACAS

Había una estética del arte decorativo, según William Morris. Pero hay una estética del arte decorativo según Walter Pater. William Morris os ornamentaba el aposento con tapices y con molduras, líneas locas y tintas murientes, temas florales y es-

pectros de los caballeros del Rey Artús y de la Mesa redonda. Pero la celdilla de *fellov*, que Walter Pater ocupaba en Brasenose College tenía las paredes sencillamente pintadas de amarillo, sobre el cual se destacaban en negro las puertas. Negras eran también las librerías. Y la ancha mesa, con su bol, que cotidianamente se llenaba de pétalos de rosa fresca; un bol de porcelana lisa, desnuda y negra también.

Walter Pater era un asceta muy puro del vivir estético. Los muros de su celda, las superficies de sus muebles podían ser, además de negros, opacos. No todo el mundo está obligado a tanta virtud. Así, cuando las reacciones de la moda, ahíta, por fin, de orquídeas torturadas y de ectoplasmas del ciclo carolingio, iniciaron la que pudiéramos llamar «época negra» en las artes del decorado, no es de extrañar que se presentara como inminente el nuevo descubrimiento de la belleza de las lacas.

DE ORIENTE A OCCIDENTE, DEL SEISCIENTOS AL NOVECIENTOS.

HABÍALA descubierto Europa por primera vez, a los comienzos del siglo XVII. Maravillaron entonces a nuestras Cortes los ejemplares exquisitos que nos llegaban de China y del Japón. Bajo Luis XV vino, con la divulgación excesiva, la imitación lamentable. De arte oriental, se volvió la fabricación de objetos laqueados industria occidental. Con breves e indecisos renuevos, bajo el primer Imperio y bajo el segundo, la decadencia había de ir continuando hasta el descrédito y el olvido... Este olvido en el ayer inmediato, es precisamente el que hoy permita a la pasión renacida, pasto en golosinas, de novedad.

Los ejemplares de que el Seiscientos occidental gustó fueron, sobre todo, los de apariencia suntuosa, esculpidos, con profusa ornamentación en oro, sobre fondo encarnado, matizado de venturina. Mientras tanto, el Japón prefería clásicamente las superficies extensas, negras, lisas, impecablemente bruñidas, y se embriagaba en el juego maravilloso de sus reflejos. Estas son también las que han obtenido aprecio mayor, en nuestros medios delicados, durante los últimos años.

¿OTRA EPOCA ROJA?

SIN embargo, diríase que a última hora se abren paso algunos intentos de dar por terminada y conclusa, en punto a las lacas como en otros puntos, la «época negra» para abrir una «época roja», aun arrostando los peligros de una vuelta a la suntuosidad.

También viene insinuándose algún ensayo—de valoración, por menos, arriesgada—cumplidor del propósito de *injertar* las calidades de la laca y su brillo, al empleo o a la imitación de otras materias de parentesco poco previsto por la misma. Así, en Madrid, la decoración mural que para el comedor de los marqueses de Salamanca ha ejecutado el artista José María Sert, une al brillo casi cerámico de la laca el juego de blancos y de carmines, y aun la simulación de pliegues y sombras de unas colgaduras, que en la pared se hubiesen puesto, de la tela estampada que en los fastos de las artes industriales francesas recibe el nombre—hoy tan sugeridor para nosotros, de ásperas delicias en el tacto y en el mirar—de «*toile de Jouy*».

Confesamos que, a despecho de tales tendencias novísimas, todavía no han agotado su poder de encanto para nosotros las grandes lacas negras.

RESPUESTA

Y recordamos siempre la palabra de un amigo sabio y voluptuoso, quien, al preguntarle una visita por qué razón había decorado casi totalmente con aquéllas el cuarto de sus mejores recogimientos, pronunció lentamente y con voz muy queda al oído de quien le interrogaba así, una palabra lacónica, que era toda una evocación.

«Poligamia», dijo; y cerró los ojos.

EUGENIO D'ORS.

(*A. B. C.*, Madrid).

Una respuesta más al cuestionario del "Repertorio Americano"

San José, Costa Rica, junio 21 de 1923.

Señor don Moisés Vincenzi.

Mi estimado amigo y compañero:

AQUÍ me tiene usted, obediente a su instancia, sin que pensara un momento en negarme modestamente al honor que implica su nobilísima encuesta. Me complace más bien decir lo que siento ante esos problemas hispano-americanos, aunque sí me apena la premura con que tengo que hacerlo por el torbellino de cosas en que ahora vivo.

> **CUESTIONARIO:**
>
> 1ª ¿Cree Ud. que la enseñanza debe unificarse, con determinados propósitos raciales, en los países latinos de nuestra América?
>
> 2ª ¿Cree Ud., asimismo, en la necesidad de comunizar, hasta cierto punto, las constituciones de nuestras repúblicas?
>
> 3ª ¿Estima Ud. conveniente que se haga un gran esfuerzo por orientar nuestros intereses económicos, hacia determinados rumbos, con propósitos diplomáticos defensivos?
>
> 4ª ¿Qué se podría empezar a hacer para estrechar nuestras relaciones económicas internacionales?
>
> 5ª ¿Qué nuevos principios nacionalizadores aconseja Ud. a la intelectualidad de América?
>
> 6ª Estima Ud. prudente que nuestra América Latina tome una actitud determinada en su enseñanza, en sus leyes, en su economía, en su producción espiritual, ante el caso de los Estados Unidos del Norte?
>
> **Respuestas anteriores:**
>
> Las de *E. J. Varona*, Habana; *R. Brenes Mesén*, Syracuse, New York; *L. Lugones*, Buenos Aires; *B. Sanín Cano*, París; *N. Pacheco*, París; *Elena Torres*, México; *E. Landázuri*, México; *A. Sux*, París; *Fed. García Godoy*, La Vega, Rep. Dominicana; *J. Santos Chocano*, San José de Costa Rica; *Francisco Contreras*, París; *Juan J. Carazo*, San José de Costa Rica; *José Vasconcelos*, México, D. F., *Manuel Cestero*, México D. F.; *Rafael Cardona*, San José de C. R.

Válgame, sin embargo, el propósito que me hago,—y que ya me he hecho antes,—de ahondar en estos asuntos para colaborar, aunque ínfimamente, en esta gran labor que inquieta hoy a los más altos espíritus de nuestra América.

Muy estimador de usted,

R. S.

Primero: El bien es un ideal de dicha; cada pueblo tiene el suyo y, así, según su cultura y su visión, puede él vestir la clara túnica de Ariel o rastrear con las pesadas ropas de Calibán. Y eso es lo que importa; no que se unifique en el Continente la formalidad de la enseñanza, sino que se oriente la enseñanza hacia un ideal de dicha. Y ya tendríamos algo que oponer a la violencia de un gran pueblo fuerte: un ideal de libertad, por ejemplo.

Pero no queremos ser idealistas; cada día nos sanchopancizamos más y así, el niño, *que ve lo que somos al través de lo que queremos ser*, va acomodando su alma a estas fáciles terrajas que determinarán mañana su quietud liberticida.

Creo con el eminente argentino Agustín Alvarez que el primer principio de la educación es «educarse a sí mismo».

Creo que nos hemos preocupado mucho de que el niño «aprenda» y no de que el niño sea un caballero, un hombre leal, con un sentido bien justo de la vida.

Creo que se debe educar más que instruir y que debería excluirse de la clase al alumno por faltas a la verdad, por hipocresía, por engaño, por egoísmo. Si se cultiva la nobleza en el niño y se amasa su sentimiento en un amplio concepto del hombre, si se le educa el corazón y sale del colegio con un sentido hondo de la dignidad y de la libertad, entonces sabrá amar y defender a su patria.

Creo en la patria a base de cada individuo. Patria, primero en uno; grande, gene-

rosa, idealista. Después en el grupo. Si la patria es un reflejo de sus hijos, si ella ha de vivir por la tonalidad de sus hombres, en el sentimiento que le determinen sus pobladores, natural es que hay que comenzar por el hombre. Si el hombre es digno, es digna la patria. Si el hombre es libre, la patria tiene libertad. Luego, creo *solamente* en la educación individual como matriz de una vida ideal colectiva. Pero para lograr eso, no hallo indispensable la unidad de enseñanza en los colegios sino la unidad de orientación en el espíritu. Si los colegios pueden hacer esto, tanto mejor.

Segundo: Cada nación tiene su organización política propia y sería imprudente una misma toesa para todas. Por el afán de vivir conforme a otros pueblos se ha perdido a veces la organización de un pueblo. La adaptación de la Constitución de los Estados Unidos motivó en parte el desastre de la federación centroamericana.

El bien en un pueblo es su sentimiento medio de moralidad; y la mejor Constitución será aquella que encauce ese sentimiento. Pero, en cambio, la Ley puede ser una en la aspiración general de la libertad.

Tercero: Aquí sí creo que el ideal fecundo ha de ser aquel que trate de realizar la igualdad nacional. Que se codifique el Derecho de Gentes de acuerdo con los principios humanos más que con los principios de derecho, que a veces son inhumanos. Que, como propone Cestero, un chileno sea considerado como un peruano a la hora en que viva en el Perú.

Cuanto al estado ruinoso de la vida económica de los pueblos hispano-americanos, ya sabemos que constituye el más grave peligro para su soberanía. Empero, se hará mucho con que cada nación trate de vivir decorosamente, sin contar con el auxilio de empréstitos extranjeros con tanta facilidad.

Cuarto: El intercambio comercial e intelectual será lo que deba procurarse. Pero, ¿qué pueden cambiar ciertos pueblos que sólo han tenido tiempo para defender intereses políticos locales, caudillajes, cacicazgos, y no han inclinado jamás la frente hacia los surcos? La mayor parte de la tierra hispano-americana clama su fecundidad intocada.

Quinto: ¿Principios nacionalizadores? El cultivo de las fuerzas inteligentes del país. La inteligencia nacional, como el suelo, es un capital nacional, y a la manera en que el arado acrecienta el rendimiento de la tierra arable—cito de nuevo al ilustre argentino—, la pedagogía acrecienta el rendimiento de la inteligencia cultivable. Después, la estimación por nuestras grandes glorias del pasado, pero más el sentimiento de admiración por nuestras glorias presentes, y más aún el estímulo de la virtud gloriosa de los niños.

Que cada pueblo despierte su virtud y América Latina será un haz de pueblos virtuosos.

Sexto: El último punto es el eje central de la encuesta. Yo sólo diría que las leyes, la economía, que la enseñanza, no harán nada tomando una actitud determinada ante el caso de los Estados Unidos mientras no aliente el espíritu de los hombres en un verdadero concepto de la dignidad. Doña Urraca, en el sitio de Zamora—refiere el Poema del Cid—, supo defender con más gallardía su terruño que muchos gobernantes de América. El mal no está en las leyes, ni en los diversos programas de enseñanza, sino en una carencia de generosidad, de rectitud, de honradez, de idealismo. Por eso creo en la salvación de nuestra América por medio de la educación, o mejor, de la autoeducación, y por una orientación definida y honda hacia la cultura interior.

Entonces se oirá del Norte un grito:
Por mi raza habla la fuerza.
Y otro gran grito en el Sur:
Por mi raza habla el espíritu.

ROGELIO SOTELA

1923

La vida de las plantas

El abono, fuente de energía (1)

DESDE el año pasado, al final, tuvimos en nuestro poder la confirmación de una de nuestras conclusiones, pero nos abstuvimos de darla a conocer porque deseabamos afirmarnos aún más.

Ahora deseamos que se conozca que «la lógica puede llevar al hombre investigador a obtener la verdad, aún contra las ideas de los demás».

En nuestro trabajo con el mismo título que éste, decíamos:

«Tanto vale como abono, un fertilizante cualquiera, como la luz solar, la electricidad, el magnetismo, etc.,—(agregamos «el sonido»).

Al final decíamos que nuestra hipótesis desde hacía 8 años era «la acción fertilizante puede ser obtenida valiéndose de agentes físicos; la electricidad —sobre todo».—

Pues bien, ya eso ha sido comprobado por el Departamento de Agricultura de los Estados Unidos y conviene que aquellas personas que consideran su verdad como «la última verdad» conozcan eso. Traducimos párrafos de un artículo que expone los resultados obtenidos con *la luz* y con «el sonido».

Personalmente, por experiencias que quedaron sin concluir desgraciadamente, pero que ahora volvemos a principiar, podemos afirmar que la acción del magnetismo sobre la planta es, desde el primer momento, perfectamente notoria.

Aparece una nueva agricultura basada en métodos que nunca fueron soñados. Regulando las horas de luz se ha podido transformar plantas grandes en pequeñas y viceversa; plantas que eran anuales ahora son perennes; la época de la florescencia y de la fructificación puede ser adelantada o retardada y, además, mediante el arreglo artificial de la florescencia, se pueden obtener variedades por cruzamiento.

Es posible, mediante la aplicación de los nuevos métodos, producir hortalizas en toda estación.

Ha nacido una nueva teoría: todos creíamos que la madurez de las plantas era cosa «ya previamente arreglada

(1) Véase la primera parte de este artículo en la p. 169 del tomo 5 del *Repertorio Americano*.

Doctor Constantino Herdocia
De la Facultad de Medicina de París
MEDICO Y CIRUJANO
Enfermedades de los ojos, oídos, nariz y garganta. Horas de oficina: 10 a 11.30 a. m. y de 2 a 5, contiguo al Teatro Variedades.
Teléfono número 1443

Ya se ha puesto a la venta
El Delfín de Corubicí
Visión de Nicoya antes de la Conquista española, escrita para nuestros niños por
Don ANASTASIO ALFARO
Precio del ejemplar.... ₡ 2.00
En 12 ejps. se da un 20% de comisión
Dirigirse a la Administración del REPERTORIO AMERICANO

por la naturaleza; (alguna ley misteriosa!); los hombres de ciencia habían asegurado que *el calor* era el que determinaba el crecimiento, la florescencia y la fructificación, pero *nadie* había sospechado, sino hasta últimamente, que en realidad eran las «horas de luz» las que determinaban esos fenómenos.

Y esta es la nueva teoría,

Ahora algúnos datos concretos.

Dice: ¿La naturaleza dominada?

El rábano era anual; se hizo bienal.

Cosmos (cambray) llegó a 15 pies de alto y floreció en el segundo año.

«Esto demostró que la luz puede determinar el tamaño».

La lechuga fué detenida «indefinidamente» en su desarrollo para que no floreciera.

Etc., etc.

La luz usada fué eléctrica y ahora, a lo que parece, no necesitan esos cultivadores estar sujetos a las estaciones, pues ya contando con luz y calor artificiales y con cobertizos apropiados, pueden prescindir de ellas.

Un agricultor informa, además, que sus *hongos*, que él cultiva para negocio, crecen más rápidamente cuando les somete a ciertas vibraciones sonoras.

Esto no es cosa inexplicable y en un próximo trabajo daremos la razón sencilla que hace comprender «cómo el sonido ayuda al crecimiento de las plantas».

En esto que dejamos dicho, como puede haberse comprendido, se prueba «que no es en realidad la cantidad enorme de sustancias que se conocen con el nombre de abonos» lo que produce el mayor crecimiento en las plantas.

Hay factores que no han sido tomados en cuenta porque las ideas dominantes les cierran el paso; ya principian a abrirse campo.

No estamos tal vez muy lejos del día en que el problema de la fertilidad permanente del suelo quede resuelto mediante el uso de ciertas sustancias, radiaciones, etc.

Esto, como se comprende, puede llegar a transformar totalmente los métodos agrícolas usados desde hace 60 ó 70 años.

Algunas personas no comprenden aún, y lo triste es que se consideran sabios, que una investigación, al parecer sin objeto, puede, si el éxito se obtiene, transformar el problema de la alimentación del hombre!

JUAN J. CARAZO

ERRATA: En el número anterior, en el artículo «Explicación de las bases de la herencia física», pág. 225, columna primera y línea 50, donde dice: «*Fuente* débil, en el hombre, es un carácter abandonado... etc.», debe leerse: *Mente* débil, etc.

Plan de la Epopeya del Libertador

[Como luego se verá, Chocano, un cantor más de Bolívar, ha planeado en grande la Epopeya del Libertador. Se trata de una obra de inspiración y estudio, que exige calma, laboriosidad y tiempo. A realizarse en condiciones propicias, juzgamos que será un monumento perdurable erigido al Libertador y digno de su fama].

BOLÍVAR es la mitad un hombre y la mitad un dios. El Bolívar humano es lírico; el Bolívar divino es épico. Cuando se recorre el museo de su vida, en cada pormenor se halla un objeto de profundo lirismo. Cuando se abarca el conjunto de su obra, en la que mayor aún que su obra misma es su alma, la inspiración se siente arrebatada por las exaltaciones de la más elevada de las Epopeyas.

El Poeta ha de dedicar al Bolívar humano un profuso libro de poemas breves (de los que para muestra bastan los tres sonetos publicados ya). El Poeta ha de dedicar al Bolívar divino el extenso e intenso libro de una Epopeya cosmogónica, hesiódica más que homérica, panteísta, tal y como corresponde a un alma que hizo girar a su alrededor a toda nuestra Naturaleza.

—

En esta Epopeya, el dios aparece superior a su obra. El lo dijo:—Los que hemos trabajado por la Libertad de América, hemos arado en el mar. Cuando Miguel Angel arroja contra la gran estatua el cincel, con la desesperación artística que le hace gritar: —Moisés: ¿por qué no hablas?—es menos divino aún que Bolívar cuando toma la conciencia de haber arado en el mar, como si contemplando su obra, con hallarla tan grande, se sintiese muy superior a ella.

Destácase el dios por encima de su obra y por encima de cuanto a ella se opuso, como en la visión de Casacoima y en la resolución de Pativilca, en que, armado solamente con el arma religiosa de su fe ciega, aparece vencedor en la derrota, colocándose de pie sobre todas las contingencias humanas.

Este es un nuevo dios bíblico, dentro del que Jehová y el Cristo se agitan, confundiendo en uno a Moisés y a San Juan, al legislador que también guía un éxodo y al soñador que profetiza para los hombres el crepúsculo de otro Juicio Final. Bolívar es el dios Creador que concluye transformándose en el dios Redentor: él es el dios que crea un mundo con su esfuerzo y lo redime con su sacrificio.

Primeramente es Jehová:—Si la Naturaleza se nos opone, lucharemos con la Naturaleza y la obligaremos a que nos obedezca.

Después es Cristo:—Mis enemigos me han conducido hasta el borde del sepulcro: yo los perdono.

Es Jehová cuando increpa a sus héroes:—Soy como el Sol; y si los demás brillan, es por la luz que yo les presto.

Es Cristo cuando llora la muerte de uno de sus héroes:—¡Han derramado la sangre de Abel!

Así el carácter de Creador y Redentor que tuvo y debe tener el dios protagonista de la nueva Epopeya.

—

Este nuevo y doble dios de la Biblia de América, aparece como tal en presencia de la Historia: sube un grande hombre al Monte Sacro y nace un dios sobre el sepulcro de los Césares. La clámide de la inspiración en que se envuelve el nuevo dios agítase y desdóblase al viento de la Eternidad, que parece soplarle desde lo alto de los máximos destinos de la Civilización Romana a la vez que desde el fondo de una tumba de mujer, en donde el sueño de la gloria empieza por virtud de la Muerte y del Amor.

Y el dios parte de la ciudad de los Césares hacia la Roma de los Incas. Diríase un dios que ha salido del sepulcro de la Humanidad antigua y, al través de los siglos, se dirige al Imperio del Sol.

Salta él del Viejo Mundo al país que le prestó carne mortal; y hacia el Sol se dirige, tremolando como simbólico gonfalón el mismo de los Incas: la gran bandera del Arco-Iris.

Y la Epopeya se hace cosmogónica, como cosmogónico es el Génesis y co-

La palma muerta

Junto a la playa monótona y desierta,
que corta a veces aislado algún peñón,
frente al inmenso mar, la palma muerta
levanta su tronco que es como un muñón...

Así, frente al océano ignoto de la vida,
se alza en silencio la existencia mía
en la playa del dolor, tan conocida
de todos mis ensueños y la melancolía.

En las tardes, cuando todo se ilumina
con la puesta del sol, que muere sobre el mar,
descansa en la palma alguna golondrina
que después ya nunca habrá de retornar...

También en una hora de luz de mi existencia
con una ilusión querida se alegró...
Pero muy pronto, nostálgica de ausencia,
fuese fugaz, y para siempre, desalada huyó...

Oh, pobre palma muerta, cómo te me pareces
a un símbolo irónico de la existencia mía,
mustia ya, y en donde sólo a veces,
como un ave viajera, descansa la alegría!...

RUBÉN YGLESIAS

Costa Rica.



Parque Bol

en San Jos Co

Recuerdos de cha in
24 de de 192

mo cosmogónico, en el dolor póstumo de la Naturaleza, es el epílogo del Calvario.

El dios que anuncia en los trópicos la buena nueva, ve llegar hacia él a los emblemas vivos de los Evangelistas: un toro, un león y un águila. Y el Evangelio de la Libertad tiene su águila, su león y su toro. El dios discurre, así, acompañado por sus tres héroes máximos; porque Páez es el toro, Córdoba es el león, Sucre es el águila. Y como para que el ángel del otro evangelista no le falte, dios lleva siempre sentada en la grupa de su caballo a una mujer, que es la encarnación del Amor.

El toro engendrado ha sido por la plenitud de los llanos; el león, por la cólera de una catarata; el águila, por la serenidad de las cumbres. Como al toro no le es dable el salto ni el vuelo, aunque sí la irresistible embestida, es el Señor exclusivo de la tierra en que nace. El león salta desde el Tequendama a dar un zarpazo en Ayacucho. El águila se desprende de sus cumbres venezolanas; y después de aletear en el cráter del Pichincha, va a posarse en el Condorcunca con un vuelo que pasa por sobre la pampa de Junín. El toro en el lanzón de un asta pasea ensartada una estrella; el león sacude en su melena un relámpago eterno; el águila empuña entre sus garras, en vez de rayo, una espada flamígera.

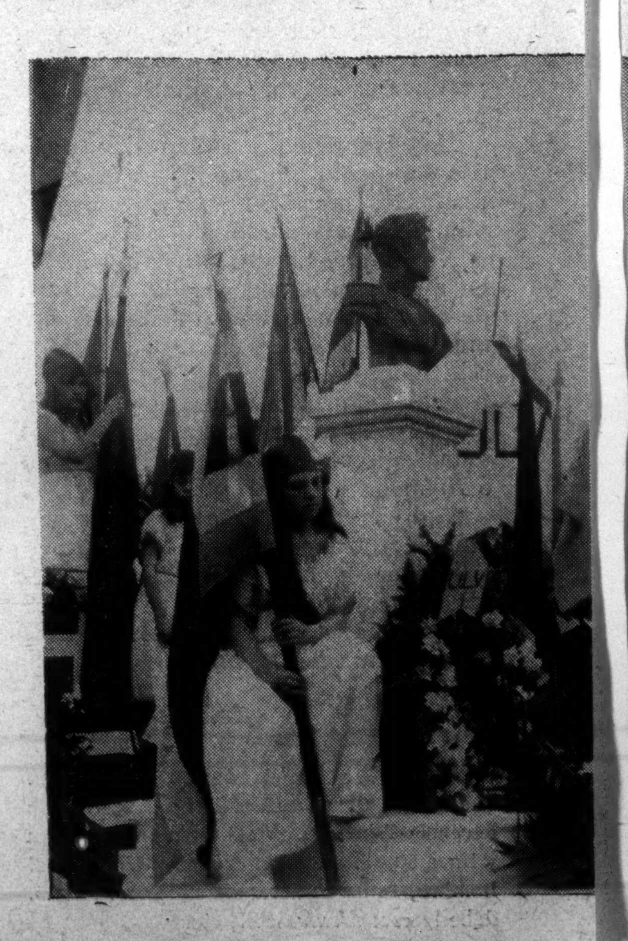
Y como en el árbol de la vida no se mueve una hoja sin la voluntad del Amor, la mujer desempeña cerca de Bolívar el papel del ángel en el Evangelio de la Libertad.

Alrededor del nuevo dios gira toda nuestra Naturaleza. Sus pies llegan hasta México y la proyección de su cabeza, esto es, su pensamiento, hasta el Plata. Las Antillas son eslabones sueltos de la cadena de su vida. Le son familiares el Atlántico y el Pacífico: cobra en Panamá una figura de Capitán de Navío que se pasea sobre el puente del mundo. El Orinoco le ve partir y el Amazonas le siente llegar. Parece que su mano de dios arrastrara desde los llanos de Venezuela una túnica y la tendiera en Junín, para ganar sobre ella una victoria.

Suya la maravilla del agua que es el Tequendama; suya la maravilla del fuego que es el Chimborazo: hasta el borde mismo de la catarata, salta sobre un peñón... y sonríe; hasta donde nadie llegó a subir en el volcán, pone su pie... y delira.

Los Andes se rebajan como amaestrados para dejarlo con facilidad cabalgar sobre ellos. Las selvas le esconden a los ojos del enemigo o se abren ante su marcha triunfal. Los vientos parecen obedecerle; los ríos, seguirle; las estrellas escucharle. Es el nuevo dios que ha aparecido en los trópicos de América; y la Naturaleza se hace voluntariamente su esclava.

Los personajes de esta Epopeya no pueden ser humanos. Uno se llama Orinoco, y es un jinete armado con un látigo de cincuenta ramales. Otro se llama Tequendama, y es un guerrero que está dando el alerta en un cla-



ue Bolívar,

os e Costa Rica

de ha inaugural:
de de 1921



Fotografías SOTILLO

rín de oro. Otro se llama Chimborazo, y es también un guerrero, que se cubre con un casco de plata. Aquella gran dama llámase Junín, y es una emperatriz preincaica, que desdobla en una pampa la clámide de su majestad. Potosí se llama aquel brujo de los Andes, que atesora en el cofre de sus minas un sueño de las mil y una noches de América.



Tales personajes son los únicos dignos de alternar con el dios de esta Epopeya. El Orinoco le ofrecerá su látigo de cincuenta ramales; el Tequendama su clarín de oro; el Chimborazo, su casco de plata; Junín, su clámide; y Potosí derramará ante él la cornucopia de su fábula.

—

En esta Epopeya cosmogónica, adoptando y amplificando el procedimiento de las tragedias clásicas, coros cantarán la gloria de las cinco batallas decisivas de la Libertad; pero no coros humanos, sino coros representativos de la Naturaleza. Un coro de selvas cantará la batalla de Carabobo; un coro de ríos, la de Boyacá; un coro de volcanes, la de Pichincha; un coro de pampas, la de Junín; un coro de Andes, la de Ayacucho. Toda la Naturaleza pagará, así, su tributo al nuevo dios, en los cinco coros que celebrarán el triunfo de las cinco batallas.

España habrá de ser loada en tales coros, ya que por entre las cinco grandes batallas, cruzarán las sombras de los Conquistadores. El abrazo histórico de Ayacucho proyectará sobre los siglos, unidas en el símbolo de un abrazo, las sombras del Libertador y Don Quijote.

—

El dios Creador será entonces reemplazado por el dios Redentor. Antes llegará hasta la Roma de los Incas. Habrá de sentirse atraído por su Padre, y pensará ya en el viaje hasta el Sol.

Se verá el dios abandonado por sus tres héroes máximos. Toro y León contra él se volverán. El Aguila, traidoramente herida, morirá lejos de él. Sólo le quedará al dios la compañía del ángel en el amor de una mujer.

Perdonará a sus enemigos, que le crucificarán en su espada. Y despojándose de su vestidura carnal, se irá caminando un día, también como el Cristo, sobre el mar, hasta llegar al sol.

Al cerrarse la noche de su muerte, la elegía del dios será cantada, en una circunvolución solemne, por el coro de los doce figuras del zodiaco, bajo cuya influencia y dentro de cuya zona vivió toda su vida.

—

Epílogo: Después de tres días de cien años, el dios Bolívar resucitará para ser satisfecho de su obra, contemplando fundido para siempre el gran Imperio del Sol con la gran República del Arco-Iris.

—

Tal el plan de la Epopeya de Bolívar, que para el Poeta, más que el Libertador, es el Creador y Redentor de nuestra América.

JOSÉ SANTOS CHOCANO

10 de mayo de 1923.

Teatro confiado y perverso

Fines bastardos arrastran a las más ameritadas plumas de la Península a desacatos formales en la escena. De Martínez Sierra nos vino el *Amanecer*, de Villaespesa *El Halconero y la Leona de Castilla*, y de don Jacinto Benavente nos viene hoy *La Ciudad Alegre y Confiada*. Si las afirmaciones absolutistas no fuesen siempre de riesgo, podría decirse que el único que ha sabido respetarse a sí mismo es Marquina, quien ha producido obras débiles, pero sin pecar en ninguna ocasión contra el decoro del teatro. Ya hay jornada de la debilidad a la deshonestidad...

Romain Rolland dice, de dos de sus personajes que «hacían un consumo espantoso de la palabra alma». Este es, justamente, uno de los vicios que más dañan a *La Ciudad* del señor Benavente; el consumo inmoderado de palabras terribles. Cobardía, heroísmo, vileza, traición, martirio, desvergüenza... Una calderada de cosas enormes que producen jaqueca; una retahila de vocablos que parecen salir, no del sapientísimo dramaturgo, sino de un ventrílocuo desaforado.

Un juicio sobre *La Ciudad Alegre y Confiada* podría resumirse así: un prólogo bello, un primer acto muy malo, un segundo pésimo y un tercero infame. Se busca la gruesa popularidad, se persigue la sanción del *demos*. En buena hora. Nadie puede negar a don Jacinto que saboree el aplauso de la ciudadanía espesa y primaria. Ni que lo lleven en hombros por el arroyo como a un torero. Ni que se harte y vaya a hostigar el patriotismo, no muy lúcido, de menestrales y limpiabotas. Pero confesamos que no es edificante prescindir de la finura y del señorío para adoptar el tono del más improvisado gacetero.

Gentes caritativas, que no faltan, explican *La Ciudad*, recordando que alguna vez dormita el buen Homero, según sentencia de un juez inmejorable. A tal explicación habría que objetar que el infinitivo *dormitar*, no abarca un sueño premeditado y sostenido, sin que se despierte en toda la noche, por más que sobrevengan pesadillas, y en las pesadillas se barajen una riña barata entre suegra y yerno, una filosofía de la guerra bebida en el casco de Guillermo II, unos parlamentos de amor, escurridos de cualquiera señora famosa por sus novelas, y una política sin desbravar, como de obrero de huelga. Las posiciones mentales en que se ha colocado en su último drama el autor de *Los Intereses Creados*, no difieren, esencialmente, de las de cualquier habitante con derecho a votar.

Mas esta aplicación extensiva de las letras al sufragio universal, con el designio de que la taquilla se abrume con el dinero de los filisteos, implica un episodio culminante de la conciencia. Ningún filósofo desdeñaría estudiar el momento en que un autor decreta la perversión de su pensamiento con una intención de lucro. Dentro de una ética sin estímulos líricos, no habría gran facilidad de resolver el caso de la virginidad suplantada por el medro, del arquetipo vencido por la codicia. Condene o absuelva cada cual según su temperamento. Ya desde el tiempo de las representaciones en corrales, se excusaba la necedad de una obra con la incorregible necedad del público que pagaba. Pero debe declararse que Lope mismo, en sus creaciones más populares, en *Fuente Ovejuna*, por ejemplo, no descendió hasta donde se desciende en la tosca y despechugada producción de que me ocupo. Y el propio autor del engendro, a juzgar por la tesis de su insigne comedia, *La Propia Estimación*, reprobaría explícitamente el acomodo de arte puro a propósitos utilitarios.

Estos han llevado a don Jacinto hasta pretender hacer de *La Ciudad Alegre y Confiada* la continuación de una obra que puede considerarse perfecta: *Los Intereses Creados*. Con un aborto se intenta prolongar *Los Intereses*, humanamente sin tacha, ya que no exhiben otra que el pasaje de mal gusto en que Silvio recita unos versos ripiosos. Los mercaderes, Crispín, el poeta, Leandro, todos están degenerados vulgarmente en *La Ciudad*. Hablan como mozos de cordel. Las damas, andan peor aún, y del *Desterrado* se piensa que, a las veces, los gobernantes son verdaderos estetas para castigar con el ostracismo. Lo deplorable consiste en que luego se ablandan y permiten que regrese quien había sido expulsado con tan singular tino. La escena en que el *Magnífico*, ya derrotado, aviene a la viuda del Capitán con la bailarina, sólo prueba que la subida más alta es la caída más dolorosa, y que el señor Benavente ha creído hablándonos de esposas fieles y amoríos punibles, de tumbas regadas con lágrimas, de besos sobre las flores, de azucenas y de amapolas... Y nadie obligaría a su más aborrecido enemigo a presenciar el punto final que se pone con la bandera. Verdaderamente, no hay modo de tomar en cuenta las bellezas que, como luciérnagas, estallan ocasionalmente en *La Ciudad*.

Por lo demás, la equidad manda asentar que la perversión del teatro de don Jacinto es una demostración indirecta, por reducción al absurdo, de la delicada estructura psicológica del dramaturgo. Apenas se ha echado a cuestas—él sabe por qué—los densos temas sociales, ha tropezado lastimosamente. Lanzar bravatas sin herir los tímpanos del auditorio con herida grave, lo consigue Linares Rivas. Don Jacinto Benavente lo que ha conseguido es desgarrarnos y orillarnos a la sordera. Tal fracaso lo abona. Porque su fracaso significa que no posee la capacidad de llevar a cabo, sin grosería, las empresas groseras. Baja a sitios plebeyos y no logra conciliar su linaje con la tribuna de los sindicatos. El concurso lo aplaude, pero su alcurnia se ha opacado. Su sandalia de pontífice huella la pista de los circos y se ensucia, porque él no nació para sortear las cosas poco limpias, sino para pisar en pavimentos ideales. Quizá no se obstine en permanecer de propagandista entre los hércules de feria.

RAMÓN LÓPEZ VELARDE

(*Mexicano:* 1888-1821)

(*El Heraldo de México*, (suplemento) México, D. F.)

Quien habla de la **CERVECERIA TRAUBE** se refiere a una empresa en su género, singular en C. R.

Su larga *experiencia* la coloca al nivel de las fábricas análogas *más adelantadas* del mundo.

Posee una planta completa: más de *cuatro manzanas* ocupa, en las que caben todas sus dependencias:

CERVECERÍA, REFRESQUERÍA, OFICINAS, PLANTA ELÉCTRICA, TALLER MECÁNICO, ESTABLO.

Ha invertido una suma enorme en ENVASES, QUE PRESTA ABSOLUTAMENTE GRATIS A SUS CLIENTES.

FABRICA

CERVEZAS

Estrella, Lager, Selecta, Doble, Pilsener y Sencilla.

REFRESCOS

Kola, Zarza, Limonada, Naranjada, Ginger-Ale, Crema, Granadina, Kola, Chan, Fresa, Durazno y Pera.

SIROPES

Goma, Limón, Naranja, Durazno, Menta, Frambuesa, etc.

Prepara también *agua gaseosa* de superiores condiciones digestivas.

Tiene como especialidad para fiestas sociales la KOLA DOBLE EFERVESCENTE y como reconstituyente, la MALTA.

SAN JOSE  COSTA RICA

Libros de caballerías

SERÁ portugués en lo futuro el «Amadis de Gaula»? No lo era hasta ahora. A pesar de que es probable que lo escribiera originalmente el portugués Lobeira, nunca se había impreso en portugués, y más de veinte veces en castellano antes de 1588. Pero el poeta señor Lopes Vieira ha cogido la antigua novela, la ha simplificado de episodios inútiles y la ha escrito en lenguaje tan sencillo y tan lírico que los portugueses tendrán que gustarla, mientras del lado acá de la Península no se leen libros de caballería, ni se leerán a menos de que surjan poetas que hagan con el «Mío Cid» y con los libros de caballería lo que ha hecho Lopes Vieira con el «Amadis». Pidamos a Dios que no se atarden, porque debe de haber una razón profunda para que los grandes españoles de los siglos XV y XVI, Santa Teresa y San Ignacio, Manrique y Cervantes, leyeran libros de caballería en los tiempos de nuestro auge nacional, y para que se dejasen de leer en los siglos de la decadencia.

Los libros de caballería no son literatura, sino condensaciones de energía. En ellos se nos pinta la vida de hombres que viven para la dama de sus pensamientos y para el honor de su espada, en permanente olvido de sí mismos. A pesar de ello, en realidad a causa de ello, ofrecen el espectáculo de vidas más codiciables y más llenas que las existencias de las gentes egoístas. ¿No sería entonces razonable dividir a los españoles en los que leyeron libros de caballerías, porque los admiraban, y los que, a partir de 1605, dejaron de leerlos, porque Cervantes les enseñó a reírse de ellos? El hecho es que nos hemos pasado tres siglos trasmitiéndonos de una generación a otra el mandamiento de: «No seas Quijote», como si ello fuera el mayor de los males, al punto de que cuando ya no quedaba entre nosotros ni sombra apenas de achaques quijotescos, seguíamos diciendo que no hay que ser Quijotes, persuadidos todavía de que el serlo era la causa única o principal de nuestras desventuras.

Así llegó aquel año de 1898, en que nos dijo el Sr. Costa—después se arrepintió de haberlo dicho,—que había que cerrar con doble llave el sepulcro del Cid, para que no volviese a cabalgar; D. Miguel de Unamuno explicó la guerra con los Estados Unidos diciendo que Robinsón (personificación del espíritu práctico) había vencido a don Quijote (personificación del sueño aventurero); y yo escribí, ¡Dios me haya perdonado! «que si el poder del dinero había prevalecido, era porque entrañaba una grandeza que no tenían ni la espada del militar, ni la balanza del juez, ni la cruz del religioso.»

El supuesto común era el de que las guerras coloniales habían surgido de alguna imprudencia del Cid, de alguna locura de don Quijote o de haber sacrificado el interés al ideal. Vimos caer sobre la pobre patria nuestra el poderío de una nación muy rica, y como el egoísmo es también factor importante en la acumulación de riquezas, atribuimos a la virtud del egoísmo la fuerza creada por una compleja acumulación de ideales y emociones, y creímos que la debilidad propia era debida a sobra de imaginación e idealismo, cuando era resultado inevitable de haber dejado secarse en nuestras almas aquel magnífico espíritu aventurero de nuestros tiempos grandes, tan necesario para las conquistas de la ciencia y de la técnica como para la de nuevos continentes.

De esa equivocación del 98 nació el pacifismo radical en que se han criado las generaciones sucesivas. Todo fuera de España alimentaba también el horror a las guerras que los desastres coloniales habían infundido en las almas. En Francia se libraba la campaña en torno de Dreyfus, y la mayoría de los intelectuales se caracterizaban por su horror al Ejército. En Italia se levantaban los railes de los caminos de hierro para evitar que pudiesen llegar a la Eritrea los refuerzos destinados a lavar el desastre de Adua, al mismo tiempo que los intelectuales italianos de entonces proclamaban la decadencia irremediable de los pueblos latinos. Y en Inglaterra seguía a la emoción imperialista de la guerra del Transvaal la reacción pacifista y liberal.

El mundo circundante, Francia, Italia, Inglaterra, se pasó los primeros años del siglo actual cantando el ideal del egoísmo. De haberse predicado durante tanto tiempo como el imperativo nuestro de: «No hay que ser Quijotes», habrían producido idénticos resultados en el resto de Europa lo mismo la prescripción de la concurrencia individual ilimitada que la receta de la lucha de clases, ya que ambas surgen al servicio del individualismo individualizado del egoísmo aislador de los hombres, a expensas de aquel otro lado del hombre, en que el amor le enlaza al infinito, haciendo crecer las ramas y raíces de su espíritu, para que arranquen al cielo y a la tierra su luz y su sustento.

Así vino la guerra. Hubo quien se figuró que la ola de egoísmo que estaba debilitando a las naciones de Occidente había ya agotado su vitalidad. Se juzgó que la presa estaba segura. ¿Cómo iban a saber defenderse unos pueblos que se dedicaban a leer los libros de aquel Sr. Norman Angell, que sostenía con toda seriedad la peregrina tesis de que la guerra no es negocio y de que los intereses europeos se encuentran tan entrelazados que es imposible para un pueblo arruinar a otro sin arruinarse a sí mismo? Vino la guerra. Por debajo de la espuma pacifista había corazones esforzados que se dedicaban a preparar el ánimo propio y el de sus compatriotas a resistir la crisis que iban a atravesar. ¿Y qué queda ahora de las ideas de antes de la guerra? Volved la vista a Italia: Mussolini, el fascismo, el nacionalismo, la unidad de Italia; mirad a Francia: Millerand, Poincaré, «L'Action Francaise»; ved a Inglaterra: Mr. Baldwin, «The Morning Post», los conservadores más conservadores en el Poder; nadie lee a Mr. Norman Angell, y el auge del partido laborista no indica sino que es excesivo el número de obreros sin trabajo, y que es ya hora de hacer en Inglaterra lo que se hizo en Irlanda cuando se distribuyó la propiedad de la tierra entre los pobres que quisieron trabajarla.

Y en España ocurrirá lo mismo. No tengo de ello duda alguna. Un día despertará la juventud intelectual. Se dará súbitamente cuenta de que la más

Libros y folletos de ocasión a precios módicos

Tenemos encargo de vender los siguientes:

Gabriela Mistral: *Desolación*	₡ 5.00
P. Henríquez Ureña: *Mi España*	4.00
Raf. Heliodoro Valle: *Anfora Sedienta*	4.00
Pedro Prado: *Ensayos*	1.50
Pedro Prado: *La Reina de Rapa Nui*	1.50
Alberto Carvajal: *Ritmos breves*	3.00
Emilia Bernal: *Alma errante*	3.00
A. Fogazzaro: *Daniel Cortes* (2 tomos)	2.00
M. D'Aziaglio: *Mis recuerdos* (3 tomos)	4.50
G. K. Charleston: *El hombre que fué jueves* (novela)	3.50
Cervantes: *Novelas ejemplares* (4 tomos)	4.50
R. F. Guisti: *Enrique Federico Amiel*	3.00
C. Hispano: *En el Valle del Cauca*	3.00
Arturo Borja: *La flauta de ónix*	2.00
R. Rolland: *Nicolai y el pensamiento social contemporáneo*	1.25
Luis Carlos López: *Por el atajo*	5.00
J. S. Alvarez (Fray Mocho): *Salaro criollo*	2.50
André Gide: *Los límites del arte*	2.00
Rodolfo Rocker: *Artistas y rebeldes* (Poe, Tolstoy, Wilde, Kropotkine, etc.)	4.00

monstruosa y perversa de las paradojas es la que quiere buscar el lado bueno del hombre en lo que hay en él de egoísmo individual y de clase. Comprenderá que lo bueno en el hombre no puede ser más que el espíritu de amor, de abnegación, de heroísmo, de devoción por las cosas comunes, como la civilización, más altas y preciosas que nuestra vida individual. Y esto, que es evidente, lo verá como por primera vez, con ojos nuevos, y la sorpresa le encenderá la sangre. Y no sé si le llevará a hacer con los libros de caballerías y con el «Mío Cid» lo que ha hecho Lopes Vieira con «El romance de Amadís», aunque sería de desear que lo hiciera; pero, de todos modos, cuanto haga y diga dejará de inspirarse en las justificaciones del egoísmo, inventadas por las filosofías políticas modernas, y buscará más bien su modelo y ejemplo en el espíritu de servicio de los antiguos caballeros, por lo que volveremos a vivir los libros de caballerías, y no con retórica fría y mentirosa, sino con poética que mueva el corazón.

RAMIRO DE MAEZTU

(*El Sol*, Madrid).

Del Cancionero de Diego Rivera

Que escribió Salomón de la Selva para deleite y edificación de sus amigos Pedro Henríquez Ureña, Jorge Juan Crespo de la Serna y Julio Torri.

COLOQUIO ESPIRITUAL

In memoriam ROSITA LA DEL TRUENO

—«*Para tu consolación,*
Diego, tu Dios está aquí».
—«*Tarde llegas: para ti*
ya no tengo corazón».

—«Pues ¿qué hiciste de esa prenda
que te aquejas de tal modo?»
—«Caer la dejó en el lodo:
ya no tiene componenda;
quien se la halle, que la venda;
sucia, no valdrá un tostón».
—«El amor todo lo enmienda:
dame, pues, tu corazón
para tu consolación».

—«¡Ojalá tan fácil fuera
alcanzar oro perdido!»
—«Pues ¿cómo de ti es partido
corazón tuyo que era?»
—«Me lo pidió una cualquiera
y de grado se lo di».
—«Así da la primavera
y yo mismo doy así:
Diego, tu Dios está aquí».

—«La mal agraciada hedía;
la odiaban todos, yo no».
—«¿Fué Rosa, la que murió,
que pecaba todo el día?»
—«A los infiernos iría,
que su contrición no vi».
—«Esa alma yo la quería».
—«Yo mi corazón le di,
tarde llegas, para ti».

—«En el cielo es recibida;
ya dejó de ser ramera;
mi Madre, buena enfermera,
sanado le ha la herida;
ella es mi esposa querida,
yo le di la absolución
y la vida de la vida».
—«Señor, por esa razón,
ya no tengo corazón».

México, 1922

No es el "Repertorio Americano" revista de círculo; es tribuna abierta a los cuatro vientos del espíritu. Por lo tanto, los que en ella quieran colaborar opinan con suma libertad. Sin que eso implique que su editor haga propias todas las opiniones ajenas o se haga responsable de las mismas.

Tríptico bolivariano

(IMPRESIONES RECOGIDAS EN EL MUSEO DE CARACAS)

I

LA ESPADA DEL PERU

(Regalo de la Municipalidad de Lima al Libertador, después de la batalla de Junín).

Esta es la sola espada jamás desenvainada
para el combate. Nunca la desnudó el clarín!
Es como una doncella, como una enamorada,
que está hoy velando el sueño del Héroe de
[Junín.

Corre por su hoja el limpio fulgor de una
[mirada;
préstale sangre en piedras sonrisas de
[carmín;
y el metal en el puño finge trenza dorada,
que se retuerce en una desolación sin fin...

En la ancha cazoleta—destinada a la mano
victoriosa del Héroe—quiso el Perú no en
[vano
prodigar el tesoro de su ancestral virtud;

y en esa copa—al verse ya libre de
[cadenas—
sangre brindó en rubíes que se arrancó a las
[venas
y derramó en diamantes llanto de gratitud...

II

LA CAMISA DEL LIBERTADOR

Esta camisa blanca de crujiente batista,
en que arropó su sueño tan grande soñador,
guarda el secreto amable de más de una
[conquista
en que es el conquistado o es el conquistador.

Libertador de pueblos, no hay quien se le
[resista;
pero él no sabe, en cambio, resistirse al
[amor...
Imponerse a los hombres como Héroe y
[como Artista
o rendirse a las damas: yo no sé qué es
[mejor!...

Sueño de redenciones y de heroicas
[locuras
sacudía, entre olas de alegres aventuras,
las espumas galantes y leves de este holán...

¡Gloria al que lucir pudo, como jamás se
[ha visto,
a veces el sudario trascendental de Cristo
y a veces la bordada camisa de don Juan...

III

LLANTO DE HEROE

(Ante un pañuelo del Libertador).

Lloró Cortés estrellas, una noche sombría...
Bolívar en las playas llegó enfermo a llorar,
una de aquellas tardes, en que triste veía
deslizarse una sombra de mujer sobre el
[mar...

El Héroe se llenaba de una melancolía
que sólo saber pueden los que saben amar;
y alargaba las manos al Sol en agonía,
como alma que pedía calor y amor de hogar...

El Sol se apiadó un día del martirio sa-
[grado...
Lágrima nubló el ojo del poeta y soldado,
que en tal lágrima hubo la virtud de un
[crisol;

porque vió que en los aires se irisó su
[bandera,
cual si una misteriosa mano la desprendiera
de una gota de llanto con un rayo de Sol!

JOSÉ SANTOS CHOCANO

Caracas, 7 de mayo de 1923.

Hacemos nuestra esta saludable advertencia de nuestro ilustrado colega «España», de Madrid:

Esta Revista no puede mantener correspondencia con sus numerosos colaboradores espontáneos ni publicar ningún trabajo conforme a la impaciencia del remitente, sino a la medida del orden que le imponen sus límites cuantitativos y sus necesidades cualitativas.

La vida

ALAS FEMENINAS

Como original adorno de los trajes femeninos, han surgido de sus hombros dos leves alas, que revolotean cuando caminan y les dan un aire más complicado y peligroso.

No son esclavinas ni cosa que lo valga. Son alas libelulares, que las hacen más raudas e inaprehensibles, alas que revuelan sobre sus brazos desnudos, algo, en fin, que ha añadido una inquietud más a la primavera.

HA VUELTO A SONAR EL VIENTO.

Parecía olvidado ya hasta el año que viene el viento que desmelena los árboles y se queja entre dientes; pero ha vuelto. Salió de su caja de física recreativa.

Tiene nervio el viento. A mí me agrada. Es lo que más me hace disfrutar de lo estable y firme que es nuestra casa, de lo bien pertrechados que estamos contra la amenaza de todo viento.

¡Cómo pronuncia las ves el viento! Es fino, sibilesco, afilado, cortante. De no poder ver, como no podemos ver, el movimiento de rotación de la tierra, este ruido del aire trasfundido a través de las distancias, de velocidad capaz de dar la vuelta al mundo, es una de las señales más amplias y animadas de la vida.

Vamos a despedirnos de este viento frío y oscuro del invierno. Es la última representación y tiene un olor saturado y abundante que no tenía.

LOS ANTIGUOS ALUMNOS.

Se están acentuando mucho las fiestas que se propinan los antiguos alumnos de los colegios «bien». Nunca me ha parecido bien fomentar lo que hay de egoísmo en ese encuentro de compadrazgo de señoritos. Me parece más liberal mantener las amistades sueltas y rebeldes que quedaron de la estancia en esos colegios.

De mis colegios y de la Universidad conservo sólo los amigos que me fueron simpáticos, y me daría el escalofrío de los convencionalismos y de los tópicos el que nos reuniésemos en fiestas comunes con todos los borrados en nuestra simpatía.

Ha llegado ya a ser una noticia constante de los periódicos la de esas reuniones de colegiales, y por eso intento definir lo que de ostentación burguesa hay en eso.

El colegio debe ser un recuerdo sentimental, en el que ya debe iniciarse una selección justiciera, y debe haber los que se recuerdan y los que son irrecordables.

No se deben hacer esas agrupaciones de condiscipulismo antiguo. Al volver a encontrar a los antiguos condiscípulos se les encuentra más egoistizados por la vida, y que en vez de afinarse, de volverse más comprensivos y generosos, generalmente se han anquilosado. Surge entre ellos casi siempre algún barbitas muy rizadas hacia afuera, que continúa con aquella grandilocuencia empalagosa que ya nos ponía frenéticos entonces.

Yo me siento en rebeldía contra ese modo de agruparse de antiguos niños privilegiados y por ese afán de agruparse por móviles sensibleros, borrosos, casuales, en vez de formar falange alrededor del amigo desconocido o del personaje simpático de la vida.

Cuando hay que renovarse, cuando hay que variar radicalmente, cuando hay que ser un poco—por no decir un mucho—descastados con el pasado inconsciente, se acentúa esa reacción, sentimental, que era sólo disculpable en quienes incurrían en ella porque era cosa tradicionalísima en sus disciplinas.

SOY PESCADOR HONORARIO.

A veces se escriben artículos que teniendo su parte de ironía, caen en gentes generosas y de alta comprensión, que los aceptan como en su intención pensaron ser aceptados. Así me sucedió con un artículo que escribí antaño sobre el camión que salía en la madrugada de la Puerta del Sol llevándose a los pescadores madrileños hacia las riberas lejanas en busca de ese pececito que al fin atrapan, después de muy larga paciencia.

Después defendí a esta clase especial y noble de hombres que se dedican a la pesca, cuando una Real orden quería suprimirles durante una larga temporada el placer de pescar con caña.

«¿Pero no ven los Gobiernos—venía a decir yo—que los pescadores con caña no pueden ser de ningún modo descastadores de los peces de río, sino más bien sus fomentadores, pues están perdiendo el cebo sus anzuelos todo el santo día? ¿No ven que son los que solazan a la triste fauna de los ríos?»

La Sociedad de pescadores con caña me dió las gracias en elocuente escrito después de una junta general en que se habló de mí, y hace poco ha acordado nombrarme socio de honor al mismo tiempo que a Bagaría, pescador que los domingos dedica sus mejores sonrisas e ironías al agua que transcurre y a los peces, que le lanzan sus «¡Oh! ¡oh!» acuáticos.

—¡Pero si yo no he pescado nunca!... Sólo puedo aducir una cosa, como mérito trivial, y es que tengo una pecera en mi despacho...

—Nada—me contestaron—; eso no importa... En la mañana de un buen día saldremos a celebrar la fiesta piscicatoria para darles el título.

—¡Ah! Eso sí que no; por la mañana, no... Mi bautizo honorario tendrá que ser de noche... Yo soy un nato pescador de anguila, con mi candil encendido...

—Bueno, pues la excursión será de noche, y pescaremos anguilas, que se suelen pescar también a esas horas... Llevaremos unas cañas con cascabeles para que así se anuncie el que ha picado, y como el pescador de la caricatura, «pondremos de cebo gusanos de luz».

La Naturaleza exige sus cuidados, sus atenciones, sus dedicaciones. Debemos volver un poco hacia el campo. Yo mismo saldré una noche a pescar anguilas nocturnas, situándome al borde estratégico de un buen río.

Ramón Gómez de la Serna

(*El Sol*, Madrid).

Una célebre caciquesa

En España, las hijas de los caciques suelen ser muy celebradas en unas cuantas leguas a la redonda de su campanario, pero su fama no pasa la frontera local. No le ocurrió lo mismo a la hija del cacique Powhatten que, en tiempos, caciqueó por vastos territorios de América. La hija del cacique Powhatten ha pasado a la historia de la destrucción de los pieles rojas por los cuáqueros temblorosos. Si los pieles rojas hubieran sido nacionalistas, habrían podido acusarla de traición. De todos modos, la hija del cacique Powhatten ha pasado a la historia con el nombre de caciquesa Pocahontas, que casi resulta como decir para el hispano-americano: Pocavergüenza. Sería ya inadmisible descender, de los padres a las hijas, el nombramiento de «pocavergüenza» en los cacicatos españoles. En los cacicatos auténticos, en los americanos, poca vergüenza y caciquismo no tienen nada que ver: el caciquismo era, sin duda, la función más honrosa del cacique. Y el caso es que la caciquesa Pocahontas se opuso al caciquismo, des-

honró a su padre. Y aquí sería inmoral hacer política y proponer a esa hija de cacique como ejemplo a las hijas de los caciques de España.

La caciquesa Pocahontas salvó del caciquismo de su padre la vida de muchos colonos de la Nueva Inglaterra, entre otros la del capitán británico D. Juan Pérez, por su nombre original: John Smith. Se cita y traduce el nombre de este capitán británico porque fué, en efecto, un Don Juan, y hasta estuvo a punto de ser San Juan Bautista. Cuando, de orden del buen cacique Powhatten, iban a hacerle el honor de cortarle la cabeza, la caciquesa Pocahontas puso la suya de piel roja en el tajo. El verdugo, conmovido, como si fuera su padre, no cumplió la sentencia. Don Juan, se fugó. Supongamos que, más delicadamente, se hubiera negado a la sustitución de la cabeza, y hasta se puede suponer, en esto del amor, que la perdiera, ¿no es probable que la princesa piel roja se nos presentase bailando de amor y de dolor con la testa de su testarudo Don Juan, como la princesa judía Salomé?

El que la princesa pagana Pocahontas procediera, no sólo por piedad, sino por amor, demuestra que se le había pegado de los colonos cristianos más de una virtud semita.

La caciquesa, abandonada por Don Juan, se casó con otro colono: el señor Juan Rolf, que se la llevó a Londres y la estableció en la corte. La caciquesa se había casado con el señor Juan, naturalmente, cuando se persuadió que el Don Juan había muerto para ella. No era así. El Don Juan apareció envuelto en la niebla de la ciudad, y la princesa piel roja sufrió tanto—tenía veintidós años—, que fué ella la que murió. Su historia es más bonita que la de Tutankamon, y unos americanos han venido a Europa para desenterrarla. La caciquesa Pocahontas se halla enterrada en Europa; dejó un hijo que volvió a América, colonizó en Virginia, y resultan descendientes suyos el ex-Presidente Wilson y sir Robert Baden-Powell, general en jefe de los «boys-scouts», los cuales son el pálido remedo de los pieles rojas.

CORPUS BARGA

París y junio,

(*El Sol*, Madrid).

EL CONVIVIO de los Niños

Cuentos a Sonny. Por Santiago Pérez Triana .... 0.25 oro am.
Tardes de Invierno. Por F. Pi y Margall .... 0.25 » »
Florilegio. Por diversos autores ... 0.25 » »
La Edad de Oro. Por José Martí. Dos tomos. Cada uno .... 0.50 » »
Los Cuentos de mi tía Panchita. Por Carmen Lira. Edición aumentada .... 0.50 » »
Pasteur. Por Gaston Laurent ..... 0.30 »
Cuentos Viejos. Por María de Noguera .... 1.50 » »
El Delfín de Corubicí. Por Anastasio Alfaro .... 2.00 » »

El Ateneo de Madrid y la Argentina

El presidente del Ateneo de Madrid, recogiendo una iniciativa del gran poeta argentino Leopoldo Lugones, de la cual se ocupó EL SOL a su tiempo, ha escrito la siguiente carta:

«Sr. D. Leopoldo Lugones.

Muy respetable señor mío: Honrado con la presidencia del Ateneo, me dirijo a usted, reanudando la relación que arrancó ahí de unas elocuentes palabras de usted, trasmitidas por el señor Urgoiti al Ateneo, y que tuvo continuación en un telegrama que el Ateneo envió a usted en tiempo de mi antecesor, señor Buylla.

Su iniciativa para establecer una relación sistematizada y efusiva entre la cultura argentina y la española, sirviendo de vehículo este Ateneo, ha merecido—como en justicia debía ocurrir—la acogida más simpática y ferviente.

El Ateneo desea vivamente contribuir a esa labor de compenetración entre los dos pueblos, y se considerará muy honrado si su cátedra es aprovechada para poner de relieve los altos valores intelectuales argentinos, que no son suficientemente conocidos en España.

Tiene usted, pues, la palabra. A usted, iniciador de la idea, toca trazar las líneas directrices para su implantación, con la seguridad de que el Ateneo le secundará gustosísimo, y no regateará ninguno de sus medios de acción para que fructifique pensamiento tan noble y útil.

Nos encontramos en vísperas de las vacaciones estivales. Desde fines de junio quedará paralizada la actividad del Ateneo hasta octubre. Si a usted le parece bien, podríamos aprovechar estos meses en planear los trabajos, mediante una correspondencia activa (que para mí sería honrosísima), hasta ver si comenzábamos con el curso próximo, es decir, desde mediados de octubre, la etapa de las realidades que a todos nos importan.

Permítame usted aprovechar esta oportunidad para brindarle muy sinceramente la estimación del Ateneo, y para rendirle personalmente el testimonio de afectuosa consideración de su atento servidor

ANGEL OSSORIO

23 mayo 1923».

(*El Sol*, Madrid).

El cepillo de dientes

Un ilustre médico inglés, sir John O'Connor, K. B. E., M. D., iniciales que significan Caballero del Imperio Británico y Doctor en Medicina, acaba de pronunciarse contra la costumbre de limpiarse los dientes con cepillos de duras cerdas, y dice en el periódico médico «The Lancet» de uno de los últimos números:

«He llegado a la conclusión de que un buen tanto por ciento de las aflicciones humanas, tales como piorrea, caries dental, infecciones gástricas, apendicitis y descomposición orgánica, en general, proviene del inane frotamiento diario de los dientes con cerdas y del insano uso de dentríficos químicos. Ambas cosas mortifican y laceran los tejidos vivos, destruyen las defensas epitélicas y facilitan la entrada a gérmenes hostiles. Invito seriamente a mis colegas a que presten atención a los obstáculos que estas cosas interponen a la acción de los desinfestantes naturales: la saliva y el moco. Al emitir esta opinión no quisiera que se entendiese que desapruebo el limpiarse los dientes al tiempo de acostarse. Me parece bien frotarse suavemente los dientes con un cepillo suave y enjuagarse con agua de soda u otra agua potable. Pero no hay que ponerse nada en la boca que no se quiera poner en el estómago».

He aquí, pues, una revolución en perspectiva. Hasta ahora habíamos creído que era la ciencia la que nos hacía frotarnos los dientes con un cepillo duro y algún ungüento o polvos. No era la ciencia. Eran, sencillamente, los perfumistas, combinados quizás con los dentistas, los que nos sugerían semejantes procedimientos de destrucción de dientes y envenenamientos estomacales e intestinales. La ciencia, a todo esto, no se había ni siquiera planteado el problema del cepillo.

No hace mucho tiempo que se le ocurrió también a otro doctor inglés cuestionar el valor de los baños. El resultado de su averiguación es que el jabón se lleva los aceites naturales de la piel, que son excelentes defensas naturales contra los cambios de temperatura. También hubo un médico al que se le ocurrió negar que fuese higiénico dormir con la ventana abierta. Sabido es que también Inglaterra pro-

duce los más acerbos enemigos de la vacuna, y que es el país de Jenner uno de los pocos pueblos occidentales donde no es obligatoria la vacunación.

Es probable que en algunos casos se trate de humoristas que quieren distinguirse; pero las afirmaciones del doctor O'Connor contra el cepillo de dientes parecen tan racionales, que si se encontrase otra manera de limpiar tan preciosos instrumentos, de suerte que no se les echase a perder y no se introdujesen en la boca materias demasiado fuertes, parece lógico que padeceríamos menos de ellos de lo que actualmente padecemos, como lo prueba el hecho de que los pueblos menos civilizados, los que menos usan el cepillo, son los que poseen las mejores dentaduras.

Lo cierto es que la ciencia se está rectificando y que la civilización parece que ha empezado a marchar hacia atrás. Al menos no parece ya tan anticuado aquel buen cura que al enterarse de que los modernistas querían que los dogmas de la Iglesia se adecuasen a los adelantos de la ciencia, contestaba: «No, señor. Es la ciencia la que tiene que adaptarse a nuestros dogmas. Porque la ciencia varía cada diez años. Hoy dice una cosa; mañana, la contraria. Nosotros no variamos. Si seguimos quietos, acabará la ciencia por estar con nosotros».

(Editorial de *El Sol*. Madrid).

Noticiario

(1923)

El correo de la semana nos ha traido estas publicaciones:

Del autor:

Gastón Thibaut: *Manual del Footballista Paraguayo*. Moralidad e higiene del jugador. Asunción, 1921. pp. 30, y *Manual de Educación Física del niño y del adolescente*. (Escuela francesa). Con 50 ilustraciones de Jaime Bestard. Asunción, 1923. pp. 52.

Es el señor Thibaut Profesor del Curso para Maestros de las Escuelas Públicas del Paraguay. He aquí un Profesor que está haciendo mucha falta en Costa Rica.

Prologa el precioso librito el admirable escritor paraguayo Dr. Manuel Domínguez. Dice el Prólogo ingenioso:

M. THIBAUT Y LAS TRES VIRTUDES TEOLOGALES DEL SIGLO

El autor de este *Manual de Educación Física*, Dn. Gastón Thibaut, sabe que Descartes daba más importancia a su salud que a su entimema, y, en consecuencia, que el gran programa consiste en conservarse sano. «Un pastor sano es más feliz que un Rey enfermo!»

M. Thibaut es gimnasta, con la moderación del caso, vegetariano, algo teósofo y naturista.

Naturista, sobre todo. Cura, con sus regímenes, a enfermos que algunos alópatas matan, sin pestañear, a discreción. Los cura sin drogas, con las tres virtudes teologales del siglo, que dijo una célebre escritora: luz, aire, agua—tema de que hacemos rápido incidente.

Luz. Si dibuja arco-iris en el tul del horizonte, también empuja el torrente de la sangre, y, según últimas experiencias, reconstituye las células enfermas. ¿Qué droga o cataplasma puede sustituir a los rayos actínicos del espectro sobre un hígado dañado o un grano maligno? Se nos había dicho que el carbón de piedra es sol almacenado y ahora sabemos que la luz es materia y que cae sobre nosotros con el peso de 58000 toneladas. LUZ Y VIDA es el título de un bello libro.

Aire. En egipcio es sinónimo de vida y por algo los antiguos pusieron el alma en la respiración. ANTES DE QUE ME MATE LA ASFIXIA, YO LA MATARÉ... dijo Belisario Roldán y se pegó un tiro en Córdoba. Pobre Belisario! Tu prosodia era «como un arco que se deslizaba sobre nuestras fibras sonoras», pero si hubieras hablado menos y respirado más, desde niño, a lo hindú, hubieras realmente matado a la asfixia, es decir, a la tuberculosis que trituraba tus pulmones. El hombre que sabe respirar, dilata la caja del pecho, duplica en un año el volúmen de sus pulmones y se hace inmune a la tisis asesina. Con inspiraciones y espiraciones profundas, se purifica la sangre siete veces más a prisa que con la respiración ordinaria.

¿Y el agua?—CAUSA GENERADORA DE LA VIDA, iba conjugando en sus viajes el fundador de la Escuela Jónica. Es, por lo menos, su condición necesaria, y basta. Sería demencia, por lo demás, negar la eficacia electro-magnética de los baños locales.

Y el vocero y práctico hábil de estas cosas y otras muchas que omito en esta rauda exposición, es M. Thibaut. No es sistemático, es ecléctico. Toma sus nociones de todas partes.

De todas, porque lee mucho, lo mejor, desde Pitágoras a Bonnier y Montesano. Desentierra a los autores olvidados como Rambosson que señaló influencias telúricas decisivas sobre la salud, influencias ocultas en que no se había fijado la medicina clásica. Medita sobre las páginas de Paracelso y otros que, iluminados por el resplandor del genio, supieron interrogar a la Esfinge de la vida.

Y el sabio amigo, amante del agua, del aire, de la luz y de la selva plácida y melódica, curaría a nuestra raza ágil, hoy enferma, si nuestra raza practicara las reglas sencillas que pronuncia en este librito compuesto con amor inteligente al asunto y metódica paciencia.

MANUEL DOMÍNGUEZ.

Asunción, Febrero, 1923.

Dos capítulos componen la obrita: El I.—*Indicaciones prácticas a los educadores sobre la ejecución de los ejercicios y la disciplina, moralidad e higiene que deben observarse en la gimnasia*. El II.—*Detalles de los ejercicios seguidos de breves consideraciones acerca de sus principales efectos*.

Maestros de Costa Rica: A pedir el valioso Manual de que nos ocupamos y a aplicarlo a las escuelas nuestras. Que buena falta les hace, por cierto.

De los autores:

La senda pensativa, por Guillermo Stock. Buenos Aires, 1923. pp. 128.

Los diversos poemas del tomo en estas secciones: El corto y largo camino, Las banderas, La vuelta, Hojas de amor, Melancolías y alientos, Palabras de las flores, Reflexiones, Viento y lluvia, Ramas de ciprés, Ansias del corazón, Notas.

G. Alemán Bolaños. *Poemas fuertes*, Guatemala, 1923. pp. 32.

Los prologa Porfirio Barba-Jacob, antes Ricardo Arenales.

Título del Prólogo: *Claves de interpretación*.

De la pequeña obra dice el prologuista hábil que es «más bien el esfuerzo de un luchador para darles ritmo y rima, dentro de una libertad de procedimientos que no reconoce límites, a ideas generales de nuestra época, dispersas hoy en el ambiente de América». En la obra «la visión es neta, el sentimiento elemental y crudo, la expresión áspera. Se trata, pues, de un escritor bárbaro, bárbaro en el sentido de fuerte, voluntarioso, terminante».

Y esta es la lista de motivos en el opúsculo: Al Panida Chocano, Imprecación a Rubén Darío, A una hembra, Al espíritu de Marx, A Jesús, A la bandera de Nicaragua.

De la International Conciliation, Nueva York:

The United States and the Permanent Court of International Justice, pp. 172.

De nuestro amigo Samuel Glusberg, en Buenos Aires:

El Romero Alucinado, (1920-1922). Por Enrique González Martínez. Buenos Aires, 1923, pp. 152.

En las bellas ediciones de la Editorial Babel, Biblioteca Argentina de buenas ediciones literarias.

Tres secciones componen este libro:

El Romero Alucinado, Las sonrisas del tránsito, Bajo la Cruz del Sur.

En todas hay lindas cosas. Ya señalamos los poemas que más nos han gustado y con ellos haremos una de nuestras próximas páginas líricas. Le debemos este homenaje al gran lírico mexicano González Martínez.

Las noches florentinas, por Enrique Heine, Buenos Aires, 1923. pp. 132.

La traducción es del sutil mexicano Julio Torri.

Con estas famosas páginas de Enrique Heine, la Editorial Babel inicia su serie **A**. Hagamos votos porque esta serie sea tan selecta como la **B**. Ambas serán un primor por el texto y por la edición.

Invitación a los intelectuales y maestros para que se inscriban como misioneros

La Cámara de Diputados, voz legítima de la opinión nacional, acaba de declarar que la primera necesidad del país, en materia educativa, es intensificar el esfuerzo de los maestros misioneros creados no hace mucho tiempo por la Secretaría de Educación; maestros animados de espíritu apostólico que vayan a los campos a enseñar la vida; maestros de trabajo y de amor.

La Representación Nacional quiere que el maestro vaya al campo a compartir las penalidades de los humildes para educarlos con el ejemplo. Y el suscrito, que desde su discurso inaugural en la Universidad—hace más de dos años—esbozó este mismo programa, aunqua no ha podido llevarlo a la práctica con toda la amplitud necesaria, recoge ahora las recomendaciones del Congreso con la devoción que merece un mandato nacional y desde luego invita a los intelectuales y a los maestros, a los más cultos intelectuales y a los más sabios maestros, para que realicen esta cruzada santa contra la ignorancia, inscribiéndose como misioneros de la civilización y del bien.

Ya es tiempo de demostrar a los campos que la ciudad no solamente incu[illegible]a la explotación y el desdén, sino que puede engendrar abnegación y virtudes. Es menester que el intelectual se redima de su pecado de orgullo, aprendiendo la vida simple y dura del hombre del pueblo, pero no para rebajar su propia mente, sino para levantarla junto con la del humilde.

Me dirijo especialmente a los maestros jóvenes y cultos, a los escritores, a los poetas y los artistas, particularmente a los que aún no tienen treinta años y ya se han habituado al pasar oscuro de la ciudad, repartido entre una oficina, donde se simula el trabajo y unas cuantas horas de holganza o de vicios que la mentira convencional llama placeres, y les pregunto qué harían si un peligro social, como la aparición de un tirano o un peligro nacional, requiriése su denuedo?...

Me responderán que acudirían a las armas; pues bien, se trata de una lucha mucho más noble que la triste necesidad de ir a matar hombres; se trata de ir a salvar hombres; no de apagar la vida, sino de hacerla más luminosa. No seréis mensajeros de muerte, sino sembradores de alegría. Si sois poetas, renegad de vuestras rutinas, abrazándose por un año o dos a la pobreza, y partid a caminar por esos valles y esos montes donde el viento es puro y las estrellas son claras. Si sois artistas, ¿cómo esperáis hallar inspiración bajo el techo de la oficina o del hogar, o en medio de la estupidez de los salones? Si queréis hacer obra mañana, id primero a conocer la fatiga y el llanto, la claridad de los cielos y la altura del monte; id a despertar almas, que cada una que se despeje será como una estrella que aparece en la tierra; alistaos en las filas de los maestros misioneros.

Los puestos vacantes serán cubiertos con los mejores, pues debemos evitar a toda costa que se pierda el esfuerzo que hará el Gobierno para pagar estos sueldos, si no logramos formar más que un ejército de burócratas. Lo más selecto y noble de la juventud mexicana tiene en estos instantes la ocasión de ir a imitar a Las Casas, el creador, al revés de tantas generaciones nuestras que no han hecho otra cosa que imitar a Cortés el destructor.

¡Soldados del ideal, más fuertes que todos los soldados de la materia, la Nación os llama; despertad dentro de vosotros todas las ambiciones de gloria y de bien, porque sonó la hora de una misión sublime! ¿Acaso no sentís en las plantas el ansia de pisar la tierra, y que el corazón se os enciende pensando en las almas que ansían la luz? ¿Qué valen todos los goces que compra el dinero de vuestros salarios, comparados con la gloria de los campos y la dicha de iluminar las almas? ¿Y qué importa todo lo que renunciáis, si al comenzar a repartir sentiréis que crece dentro de vosotros un tesoro, multiplicado por la abundancia de vuestro sacrificio?

Sacrificio, no sólo por las comodidades que váis a abandonar, sino por la profesión de humildad que deberéis hacer para entender mejor las necesidades de vuestros alumnos; sacrificio porque tendréis que adiestrar las manos en el trabajo que aumenta el bienestar de vuestros instantes, y porque habréis de adoptar formas sencillas para trasmitir vuestras enseñanzas. Jamás se ha presentado a los jóvenes misión más noble; quienes la acepten serán, sin duda, luz del mañana y conductores de la generación próxima.

J. VASCONCELOS

(*Boletín de la Secretaría de Educación Pública*. México. D. F.)

EDICIONES
del "Repertorio Americano"

Un capítulo de Sismondi.......... 0.15 oro am.
Orientación Ideológica. Por Luis López de Mesa.................. 0.15 » »
Colegio de Cartago. Por Ricardo Jiménez........................ 0.15 » »
Pasteur y Metchnikoff. Por C. Picado T......................... 0.40 » »
El Misticismo como instrumento de investigación de la Verdad. Por R. Brenes Mesén.................. 0.15 » »
Discursos. Por Mariano Aramburo y Machado. Con prólogo de José María Chacón y Calvo........... 0.15 » »
Recogimiento. Por Rogelio Sotela.. 0.30 » »
La personalidad literaria de Ventura García Calderón. Por Napoleón Pacheco...................... 0.25 » »
José Ignacio Escobar: *Escritos*. Con prólogo del Dr. Diego Mendoza........................... 0.15 » »
Poetas Norteamericanos: Walt Whitman. Por A. Torres Rioseco. 0.40 » »
Cesarismo Teocrático. Por Cornelio Hispano......................... 0.20 » »
Para los gorriones. Por Rubén Coto. 0.40 » »
La fuente sonora. Por Ciana Valdés Roig......................... 0.20 » »
Ensayos sentimentales. Por José Mª Chacón y Calvo............ 0.40 » »

Solicítense los «Cuadernos de Pedagogía y otros Estudios», que se publican bajo los auspicios del Personal Docente de Heredia.

EN PRENSA:

José Ortega y Gasset: *Biología y Pedagogía*.

Precio de los cuadernos: ¢ 1-00

EDITOR: J. GARCIA MONGE

Apartado 533 — San José de Costa Rica

Imprenta y Librería Alsina.—San José de Costa Rica